

darlas. En un Estado que confinaba con dos mares, las defensas marítimas eran tan importantes como las defensas terrestres. Por esto se atendería á la armada lo mismo que al ejército. Una inteligente exploración de las costas había sugerido á Bismarck otra idea. En el litoral de los ducados se abría una segura y profunda rada, la de Kiel, que no guardaba proporción alguna con las necesidades de un pequeño principado, pero que sería muy preciosa para una poderosa monarquía que buscaba entonces un establecimiento naval. Muy convencido de aquella oportunidad, el ministro se aseguraba el derecho de fortificar y ocupar á Kiel. Esa reivindicación principal traía otras conexas; y como se tenía en proyecto un canal de navegación para unir el Báltico con el mar del Norte, Prusia se atribuía la propiedad del canal, so pretexto de que ella era la única capaz de construirlo, utilizarlo y defenderlo. Celoso protector del nuevo soberano contra todo ataque extranjero, el consejero del rey Guillermo no se mostraba menos celoso en aligerarle el peso de la administración interior. A este fin hacía que los ducados entrasen en el sistema aduanero prusiano, y reclamaba para su país el libre uso de ciertas vías de comunicación; además se encargaba de la administración de correos, y naturalmente de la de telégrafos también. De vez en cuando, Bismarck se interrumpía, como si buscara alguna nueva muestra de solicitud. Al fin se detuvo, como quien ha agotado la lista de sus beneficios. El primer ministro hubiera podido seguir hablando así largo tiempo, tan sofocado de sorpresa se hallaba el pobre pretendiente. Al volver de su asombro, se deshizo en palabras amargas, diciendo que Prusia hubiera podido conquistar su gratitud procediendo bien con él, en vez de encadenarlo con servidumbres. A lo cual replicó Bismarck sin descóncertarse que, de todas maneras, Prusia contaba con el agradecimiento del que acababa de elevar al rango supremo. Siendo demasiado fuerte la ironía, el pseudo soberano estalló, y la entrevista acabó en mutuas quejas. El príncipe se indignó de que quisiesen hacerle esclavo, y el ministro de habérselas con un ingrato.

Esta pequeña escena pinta al vivo las ambiciones prusianas. Sin embargo, no descubre más que la mitad. Aun antes de que terminase la guerra, Prusia había querido cortar las alas á las ilusiones del cándido pretendiente que Austria acababa de proclamar y que ella misma de pronto no había desautorizado. Cuando, cuatro meses después, por el tratado de 30 de octubre de 1864, Cristián IX entregó á las dos grandes potencias alemanas el Sleswig, el Holstein y el Lauenburgo, una sola interpretación fué admitida en Berlín, la que atribuyese á la monarquía de los Hohenzollern todos los frutos de la victoria. De un extremo al otro de Alemania, la audacia pareció grande. ¡Cuál no hubiera sido la sorpresa si se hubiese podido adivinar que lo que el público veía y juzgaba ya temerario no era más que una pequeña parte del programa del porvenir! Desde 1864, Bismarck persigue dos fines: un fin inmediato, que no oculta, y un fin remoto que no deja entrever sino raras veces y que suele ocultar á todo el mundo, sin exceptuar al rey. El fin inmediato es la anexión real ó disimulada del Sleswig, del Holstein y del Lauenburgo. Pero, en las combinaciones de Bismarck, la cuestión danesa no es más que el prólogo de su obra. Desde

1815, una regla constante había dirigido toda la política austriaca: aquella conducta consistía en atar á Prusia con los sabios y complicados lazos de la Confederación germánica, á fin de paralizar de este modo sus iniciativas, reprimir todas sus veleidades de emancipación, poner, en una palabra, á todas sus empresas un *veto* que partiese discretamente de Viena y fuese públicamente formulado en la Dieta de Francfort. Aquellas prácticas tradicionales, muy provechosas para la paz del mundo aunque á menudo inspiradas por cálculos vulgares, se habían disimulado con mucha circunspección, hasta que Schwarzenberg, el audaz ministro de un día, las manifestó, procurando humillar á los que hubiera bastado contener. Esos lazos son los que Bismarck quiere romper para siempre. Ese es el fin remoto hacia el cual tienden todos sus esfuerzos. Entre Austria y su país Bismarck ha establecido en Sleswig-Holstein una páfida indivisión, estado de cosas lleno de incertidumbres, fecundo en celadas, el más propicio para suscitar pleitos entre los particulares y la guerra entre los pueblos. Todo su arte consistirá en pervertir la alianza y utilizar para la lucha todo lo estipulado para la paz. Terminará laboriosamente el tren de guerra que el paciente trabajo de varias generaciones ha preparado; y atenderá tanto á completar sus propios armamentos como á denunciar los armamentos ajenos. Poco á poco, á sacudidas, quebrantará el edificio, no ya muy sólido, de la Dieta. Y después de haber minado artificiosamente todo lo que estorba á sus ambiciones, empezará su obra capital, que consistirá en empujar al Austria—suavemente, si es posible, ó por la fuerza, si es necesario—hasta el Sur de Alemania y hacia el Oriente quizá. El último acto del drama, al menos el que ha de representarse en tierra germánica, consistirá en establecer sólidamente el poderío prusiano hasta el Mein y tal vez, por medio de tratados subrepticios, en llevarlo más allá. Tal es la empresa que Bismarck medita desde luego, al menos en sus grandes líneas; pues para el desarrollo ulterior de los hechos se abandona, como de costumbre, á la suerte. Si la tarea exige *hierro y fuego*, como lo tiene pronosticado, cuenta para realizarla con los recursos de su país, con el patriotismo de su rey, con su propio ingenio y, sobre todo, con las faltas de su adversario.

En Viena nadie sospechaba entonces tan vastos y formidables designios. Sin embargo, lo poco que se vislumbraba de las ambiciones prusianas bastaba para mantener en la corte y en los círculos oficiales un malestar lleno de aprensiones. La malhadada conquista pesaba como una incómoda carga que no era posible guardar sin contienda, ni abandonar á una potencia rival sin humillación. Siguiendo á Prusia hasta las riberas del Eider, Austria había creído encarnar en sí las aspiraciones nacionales y complacer sobre todo á la Confederación germánica, y resultaba que aquella equívoca aventura conducía á la gran confusión de la Dieta, obligada á retirar sus tropas de los ducados, excluida de las negociaciones de la paz, burlada por la Prusia y, ¡cosa increíble!, por la misma Austria. «La alianza se rompe á ojos vistas,» escribía de Viena á fines del verano nuestro embajador, Sr. de Gramont. Poco tiempo después, el emperador Francisco José cambió de ministerio, y á Rechberg sucedió el conde Mensdorff-Pouilly.

Este era un militar correcto y leal, más apto para servir fielmente á su soberano que para sostener, en circunstancias difíciles, la pesada carga del gobierno. Sobre la cuestión de los ducados, de pronto guardó silencio: después, como si hubiese hecho un descubrimiento, se quejó de que Bismarck, prolongando la posesión, quería apurar la paciencia de Austria para que ésta abandonase sus derechos comunes. Mientras tanto, llegaban á Viena toda clase de advertencias. «¡Cuidado!, decía el representante de Baviera al jefe del gabinete austriaco; Prusia instala sus baterías. Si os dormís en la seguridad, el mejor día vuestra aliada os anunciará tranquilamente que, convencida de su derecho y de la aspiración del país, ha resuelto anexionarse los ducados.—Entonces reclamaremos la mitad, replicó resueltamente Mensdorff.—No os hagáis ilusiones, Prusia se habrá preparado con tiempo, y tendréis que ejercer vuestras reivindicaciones con las armas en la mano.» Visiblemente el cálculo de Bismarck consistía en prolongar la indivisión, á fin de que el Austria se hastiase de su lejana é inútil conquista en los confines de los países escandinavos. En el entretanto, implantaría tan vigorosamente en las nuevas provincias el régimen prusiano que la anexión se haría por sí sola, por la fuerza de la costumbre, por la comunidad de intereses, por la corriente del espíritu público. Ultimamente, como si le hubiesen asaltado escrúpulos, había convocado á los *consejeros legistas de la corona* y, entregándoles el voluminoso expediente de la sucesión de los ducados, les había encargado que aclarasen lo que en él se presentaba un nuevo medio de ganar tiempo y aprovecharlo para consolidar la implantación ya empezada? Esa política se revelaba cada vez más á los ojos del público vienés. Descontenta de los demás, Austria no lo estaba menos de sí misma. Los ducados representaban á sus ojos el bien mal adquirido, y al pesar de la injusticia se añadía para ella la perspectiva de los inextricables embarazos que la misma injusticia acarrearía.

En medio de aquellas desconfianzas é inquietudes terminó el año de 1864. Para no comprometer su obra, Bismarck se verá obligado á tomar toda clase de precauciones. Muchos de los que en las márgenes del Spree decían pestes de «sus buenos amigos del Danubio» hubiesen retrocedido espantados á la idea de una lucha contra aquella poderosa Austria que era objeto de sus censuras y de su envidia, pero que parecía, á pesar de todo, la depositaria de las tradiciones antiguas y conservaba todavía un prestigio mayor que los celos que despertaba. Precipitando demasiado el desenlace, se corría el peligro de sublevar contra sí á los conservadores legitimistas y feudales que consideraban la monarquía austriaca como el fundamento del orden europeo, á los cortesanos unidos á Viena por toda clase de relaciones sociales y parentescos, y á la gran masa de los que consideraban como una guerra fratricida toda lucha entre pueblos alemanes. Hasta los militares temían el resultado de un duelo tan formidable. El más rebelde sería quizá el rey, íntimo amigo de Francisco José. Bismarck conseguiría excitar el amor propio del rey y de la nación, persuadiendo á uno y otra que se les provocaba. El año de 1865, que empezaba, sería, pues, el año en que todo se prepararía, sin que nada se

consumase aún. Esa tregua necesaria permitiría al canciller prusiano calcular detenidamente el grado de concurso ó de hostilidad que sus designios encontrarían en Europa. Créase seguro de Rusia y temía poco á Inglaterra. En cambio, ¿qué haría Italia que acababa de fundarse? ¿Qué haría Francia, dueña de favorecerlo ó prohibirlo todo? Entonces fué cuando Bismarck consideró oportuno presentar el auxilio que podría pedir á la una y la tolerancia que podría esperar de la otra.

## II

Es creencia común en política que la unidad alemana salió de la unidad italiana, y esta máxima es cierta, admitiéndola de un modo general.

Prusia había observado con atención más malévola que simpática los primeros engrandecimientos piamonteses; pero en 1859, el Sr. Schleinitz, jefe entonces del gabinete de Berlín, tuvo un día la visión clara del porvenir, aventurándose á decir á los delegados de Toscana que el principio de las nacionalidades aplicado en Italia no podía menos de ser grato y provechoso á su propio país. Y el representante de Cerdeña en la corte prusiana, Sr. de Launay, en sus entrevistas con el primer ministro, procuró en distintas ocasiones hacerle ver que los príncipes de Saboya podrían ser unos precursores para los Hohenzollern. El Sr. de Schleinitz escuchaba estas palabras con extraordinaria atención; pero cuando las sugerencias tomaban un sesgo demasiado directo, invocaba los escrúpulos del rey, muy devoto, según él decía, á los principios de legitimidad, y abreviaba la conversación como si temiera comprometerse (1). Después de la batalla de Castelfidardo, cuando el Sr. Brassier de Saint-Simón, ministro de Prusia en Turín, fué, como otros diplomáticos, á protestar contra la violación del derecho, Cavour le recibió con su habitual cortesía y en tono sosegado le replicó con una sola frase que encerraba una predicción perspicaz á la vez que una insinuación discreta: «Algún día, le dijo, nos daréis las gracias por haberos abierto el camino (2).» La insinuación no fué recogida y la predicción se juzgó temeraria hasta la impiedad. Al año siguiente, habiendo sido enviado La Marmora á Berlín para asistir á la coronación del rey Guillermo, consideróse la ocasión propicia para nuevas confidencias en las que se llamaría la atención sobre las analogías existentes entre ambos pueblos y se insistiría en el papel histórico de Prusia. A las primeras palabras del general, el monarca varió la conversación, y poniéndose á hablar de asuntos militares, le interrogó muy amablemente sobre la campaña de Crimea (3). Es indudable que desde entonces Prusia siguió con más atención los progresos de Cerdeña; pero el gobierno prusiano era demasiado ordenado, demasiado metódico, demasiado adicto á los principios de conservación social, para ver con mucho agrado una empresa que tenía todas las apariencias de una

(1) Véase Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 239-241.

(2) Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 356-357.

(3) Véase general La Marmora, *Un peu plus de lumière*.—Véase también *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, págs. 683-689.



aventura. Mirada desde lejos, sobre todo, la obra parecía demasiado revuelta, demasiado confusa y mezclada con elementos impuros para incitar á la imitación; aparte de que se creía generalmente que la revolución destruiría con sus propias manos lo que tan precipitadamente había fundado.

Pero, contra lo que se esperaba, el nuevo reino robusteci6se de día en día, y desde entonces fué preciso contar con aquel nuevo Estado en la distribución de fuerzas europeas. La comprobación de este hecho despertó en Berlín menos esperanzas que aprensiones, pues se tenía por seguro que Italia sería un satélite de Napoleón. Así opinaban los políticos más autorizados, como lord Palmerston y el rey de los belgas, quienes no suponían ni podían suponer que Napoleón hubiese creado tan cerca de él una gran monarquía, como no fuera para servirse de ella. Leopoldo I, de quien se hacía gran caso en Prusia por su origen germánico, por su fama de sabio y por su posición de observador avanzado á las puertas mismas de Francia, mostrábase sumamente pesimista: «Millones de italianos, decía, llegarán á ser los aliados de Napoleón (1).» En otros momentos, apoderábase de la corte de Berlín un temor de muy distinta índole, el de que Austria cediera Venecia á Italia y uniéndose á ésta, que de antigua enemiga se convertiría en aliada, se arrojara sobre Prusia; temor singular, extraño, inverosímil, y que no merecería crédito, si no hubiese dejado huellas en varias publicaciones alemanas.

Italia veía con despecho estos síntomas de desconfianza. Gustábale variar de protectores, y como había tenido á su servicio la espada de Francia y la opinión pública y los periódicos de Inglaterra, no le habría disgustado obtener el apoyo de Prusia. Repartiendo su agradecimiento entre muchos, aliviábase del peso del mismo; y cuanto más obligada estuviese con todo el mundo, más fácil había de serle salir de compromisos sin pagar á nadie. Pero á la larga molestáronle las sospechas, las altanerías de aquellos á quienes habría querido conquistar y, ofendida á su vez, suspendió sus insinuaciones ó las formuló más de tarde en tarde. El lenguaje de la prensa de Turín reflejó aquel enfriamiento, y cual si obedecieran á una consigna, todos los periódicos repitieron que el nuevo Estado, fundado en el derecho nacional, para nada necesitaba contraer vínculos demasiado estrechos con las monarquías de derecho divino.

En este lenguaje había más despecho que sinceridad. En el fondo, piemonteses y prusianos se parecían por muchos conceptos: por la misma disciplina vigorosa y austera; por el mismo afán de conquista; por igual mediocridad de riquezas é igual ardor de engrandecimiento; por su preocupación casi exclusiva de la política y de la guerra; por su vida sencilla, económica hasta la parsimonia, y suntuosa tan sólo cuando el buen nombre de la patria lo exigía; por una cierta buena administración, por una regularidad rectilínea cuya imagen se encontraba aún en las frías y severas capitales de ambos países. Las dinastías se parecían como se parecían los pueblos: príncipes de Saboya ó de Hohen-

zollern eran por igual ávidos del lucro, belicosos, cuidadosos ante todo de la hacienda y del ejército, poco económicos de las fuerzas de sus súbditos, pero muy atentos á equilibrar las cargas, muy celosos de su autoridad, aunque verdaderamente nacionales y populares, y además de todo esto piadosos, pero de una piedad llena de astucias, pues en Turín se pedía á Dios que absolviera empresas dudosas, después que habían sido acometidas, y en Berlín se pedía anticipadamente al cielo que las bendijera. Los dos pueblos habían tenido cada uno su precursor. ¡Cuánta semejanza entre aquel místico Federico Guillermo, que ha poco falleciera envuelto en las tinieblas de la demencia, después de haber vislumbrado, con espanto y deslumbramiento á la vez, la grandeza de su patria, y aquel otro místico, Carlos Alberto, perpetuamente perseguido por los mismos sueños obsesionadores y sublimes! En el Norte como en el Mediodía imperaban las mismas virtudes, los mismos vicios, las mismas pasiones; entre estas últimas la más tenaz era la envidia, y para completar la analogía, esta envidia recaía en el mismo enemigo, el Austria, que por un lado se desbordaba en Italia y por otro en Alemania.

Mas, por muchas que fuesen estas sorprendentes semejanzas, los prusianos (y este es un hecho asombroso) siguieron menospreciando ó fingieron no ver al auxiliar que la suerte les ofrecía; y cuando los diplomáticos extranjeros encauzaban la conversación por este terreno, respondían aquellos en términos vagos y en forma que hacía desistir de toda interrogación más apremiante. Y era opinión muy corriente entre ellos la de que Italia sólo podría ser utilizada el día en que se desprendiera del vínculo demasiado amistoso de Francia, no faltando tampoco quienes pensaran que ni aun en este caso se la podría utilizar.

A todo esto, Bismarck fué nombrado primer ministro. Poco después escribía al Sr. de Beust: «No veo la necesidad de que Prusia vaya por los caminos de la política sarda (2),» declaración cuya sinceridad es permitido poner en duda, porque precisamente en aquel tiempo fué cuando pareció conveniente explorar y tal vez seguir aquel camino. En diciembre de 1862 llegó á Turín un mensajero oficioso de Alemania, el cual, en forma muy confidencial y sin que de la entrevista debiera traslucirse nada, preguntó cuál sería la conducta de Italia en caso de una guerra con Austria. El conde Pasolini, que á la sazón era ministro de Negocios extranjeros italiano, al oír aquella pregunta olvidó todas las frialdades y todos los desdenes de Prusia: «No cabe dudar de nosotros, contestó; cuando llegare el caso, se nos encontraría siempre al lado de los enemigos de Austria (3).» ¿A quién creer, sin embargo? A aquella gestión tan grave, aunque mantenida en secreto, sucedió un largo silencio; es más, se simultaneaban los procedimientos amables y los síntomas desfavorables, como si el gabinete de Berlín, por incertidumbre, timidez ó temor de comprometerse quisiera desorientar todas las previsiones. El nuevo reino había sido reconocido, pero en cambio, el enviado encargado de representar á Prusia fué el general Willisen, notoriamente adicto al

(1) Véase Teodoro de Bernhardt, *Die ersten Regierungsjahre des Königs Wilhelms I*, 1860-1863, pág. 32.

(2) Carta de 4 de octubre de 1862 (Beust, *Mémoires*, tomo I, pág. 213).

(3) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 328.

Austria, en cuyas filas había combatido (1). Ante las reclamaciones de Turín, aquel nombramiento fué revocado y entonces la elección del rey Guillermo recayó en el conde de Üsedom, liberal y muy partidario de Italia. Poco después se supo que Prusia acababa de

sarí Italia de aquella buena voluntad variable? Todo dependería de las exigencias de su política.

Ahora bien, en el otoño de 1864 ocurrió un suceso que, aplazando en lo relativo á Roma las ambiciones de Italia, hizo que todas se concentraran en Venecia.



El general Menabrea

unirse al Austria en la cuestión de los ducados, y al tenerse de ello noticia fué grande la perplejidad en Turín, tanto más cuanto que existía el temor de que mediaran pactos secretos, pues indudablemente el Austria, antes de llevar sus armas á orillas del Eider, se habría hecho garantizar en Berlín la integridad de sus posesiones italianas. De modo que los dos pueblos se separaban, se aproximaban y volvían á separarse. ¿No se can-

Uno de los más ardientes deseos de Napoleón era poner fin á la ocupación de los Estados pontificios, porque esta especie de protectorado parecía costoso, irregular y más fecundo en disgustos que en ventajas. Dos veces, en 1861 y en 1862, había pensado en retirar sus tropas, y otras tantas los proyectos de Garibaldi se habían anticipado á sus designios. En los años siguientes, en vista de que el estado de la península era más tranquilizador, buscáronse los términos de una transacción redactada con habilidad suficiente para que Italia pu-

(1) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 329.



diese aceptarla sin grandes quejas y para que Francia, al retirar de Roma su bandera, siguiese en apariencia ejerciendo allí su protección. El marqués Pepoli estuvo en París, y luego, durante el verano de 1864, dirigióse á Vichy el general Menabrea: las negociaciones se llevaron muy secretamente, á espaldas del nuncio, de quien se prescindió, y en ausencia de la emperatriz que se encontraba en Schwalbach, y después de laboriosos debates, que sería inoportuno referir detalladamente, el gobierno de las Tullerías y el de Turín convinieron un arreglo que resolvía, ó pretendía resolver, la futura suerte de los Estados pontificios, y por virtud del cual Italia se comprometía á no atacar el territorio *actual* del Padre Santo y aun á impedir toda agresión que viniese de fuera, y Francia se obligaba á terminar la evacuación en un plazo *máximo* de dos años. La cláusula más interesante de aquel convenio hallábase consignada en un protocolo anejo al tratado, y en ella se decía que Víctor Manuel «prometía trasladar la capital del reino á una ciudad que sería designada ulteriormente.» Esta disposición indicaba el verdadero pensamiento del gobierno francés: en sus negociaciones con Italia, el señor Drouyn de Lhuys, ese ministro conservador, abrigaba un sentimiento de desconfianza, pues temía que aquella nación fuese poco enérgica en el cumplimiento de sus compromisos, ó que, fingiéndose forzada por la opinión pública, faltara á ellos por completo; de aquí que pidiera al gabinete de Turín alguna prenda de su sinceridad. En estas circunstancias y después de muchos debates, se decidió la adopción de una nueva capital, que sería Florencia, cambio que, en sentir de nuestro ministro de Negocios extranjeros, ponía el sello de buena fe en el tratado; ya que al prometer el traslado á Florencia de la residencia del gobierno, los consejeros de Víctor Manuel parecían renunciar implícitamente al fastuoso programa que había proclamado á *Roma capital*. Con la reserva de esta garantía firmó el Sr. Drouyn de Lhuys aquel tratado que, tomando su nombre de la fecha en que había sido firmado, se llamó el *Tratado del 15 de septiembre*.

Los honrados esfuerzos del Sr. Drouyn de Lhuys no pudieron impedir que el tratado se divulgara con dos glosas sumamente contradictorias: en las Tullerías, ó cuando menos en el muelle de Orsay, se dijo que Italia había renunciado á Roma; en Italia se protestó enérgicamente contra tal interpretación, y en los debates del Parlamento, en los despachos diplomáticos y en las conversaciones públicas y particulares se negaba que se hubiese sacrificado nada de las aspiraciones nacionales. A pesar de esta contienda, una cosa resultaba cierta y era que la *cuestión romana*, aunque no resuelta, iba á tener un aplazamiento nuevo y bastante largo. Florencia es sólo una etapa en el camino de Roma, decían los italianos; sí, era en realidad una etapa, pero que tardaría en ser recorrida, porque por de pronto la bandera francesa flotaría aún durante dos años en el castillo de San Angelo, y después el recuerdo reciente del tratado, las conveniencias internacionales y las consideraciones debidas á Francia obligarían, en un plazo moral cuya duración fijarían las circunstancias, á no atacar y hasta á defender aparentemente aquel patrimonio de la Iglesia que se aspiraba á englobar. Era, sin embargo, necesario dar algún alimento á los partidos extremos impa-

cientes para que se adoptara una actitud activa: «Al desviar de Roma la corriente italiana, dijo La Marmora, hubimos de dirigirla necesariamente hacia Venecia, pues de lo contrario habríamos sido arrollados.» En cuanto á Venecia, ¿cómo obtenerla? ¿Mediante una transacción con América? Todos los esfuerzos en este sentido habían sido inútiles. ¿Por la acción revolucionaria? Algo se había intentado en este sentido, y el Sr. Lanza, llamado en aquel entonces al ministerio, pudo descubrir las huellas de tal intento; pero todas las tentativas eran tan insensatas como quiméricas (1). ¿Por una guerra sin aliados? Ni un solo militar se hacía ilusiones acerca del resultado que tendría una lucha en esta forma emprendida. Y al llegar á este razonamiento, todas las miradas, por un instante distraídas de Prusia, volvíanse hacia ella; en Berlín estaba la clave de Venecia, y de aquí la oportunidad de perseguir, aunque fuese á costa de algunos nuevos disgustos, la alianza que había de permitir llegar hasta allí.

Reanudóse, pues, en Florencia la política inaugurada en Turín, en ocasión en que todo parecía favorecer á Italia. Estaba al frente del gabinete el general La Marmora, militar muy apreciado en Europa, muy adicto á los principios de orden, muy conocido en Berlín, en donde había realizado varias misiones y, en una palabra, muy á propósito para amparar, con su autoridad personal, la poca solidez de su gobierno. Además todos los correos que llegaban de allende los Alpes indicaban que era cada día mayor el desacuerdo entre las dos grandes potencias alemanas. ¿Quién podría, sin embargo, contar las tergiversaciones, las regresiones de Prusia? Habiéndose entablado entre Berlín y Florencia negociaciones para concertar un tratado de comercio, el gobierno del rey Guillermo había demostrado gran habilidad en formular objeciones é inventar plazos, y estas dificultades ó estas lentitudes parecieron un mal augurio para el porvenir (2). Durante el invierno de 1864 á 1865 ocurrió otro incidente que fué muy vivamente comentado en los círculos oficiales: el príncipe y la princesa herederos de Prusia fueron á Milán, y aunque se les suplicó de mil modos que se quedaran en los Estados del rey Víctor Manuel, todos los ruegos resultaron inútiles; en cambio el príncipe, obedeciendo, según se dijo, órdenes de Berlín, dirigióse á Verona, consintió en ser allí recibido con gran pompa por el general Benedek, revistó el ejército austriaco y fué objeto de toda clase de demostraciones de alegría y de amistad (3). ¿A quién no habría desconcertado esta conducta? Los cortesanos, en extremo disgustados, pudieron apenas contener su despecho; y en el entretanto, los demócratas iban diciendo que era imposible una alianza entre Bismarck, ese atrevido despreciador del régimen parlamentario, y la liberal Italia.

Al fin, en la primavera de 1865, acentuóse el desacuerdo entre Prusia y Austria de tal manera que era fácil prever un conflicto. «Llegará un día, había dicho Napoleón al conde Pasolini, en que las dos potencias alemanas se verán necesariamente impulsadas á la gue-

(1) Véase *La vita e i tempi di Giovanni Lanza*, tomo I, página 359.

(2) Véase La Marmora, *Un peu plus de lumière*, páginas 45-46.

(3) Véase Jacini, *Due anni di politica italiana*, pág. 128.



OTÓN DE MANTEUFFEL